

los franceses quedaban á disposición de la autoridad militar. Los jóvenes para ir á las filas, los hombres casados, para forjar armas y trasportar subsistencias; las mujeres para fabricar tiendas de campaña y servir en los hospitales; los niños para hacer hilas, y los viejos para exhortar desde la plaza pública á los jóvenes al odio á los tiranos y el amor á la república. Este decreto, en medio de su exageración propia de la época y del casi fracaso de la recluta de los 300.000 hombres, indicaba que en la administración de la guerra se procedería con energía y sin

contemplaciones, y así se saludó como una muestra de la saludable energía del gobierno oculto en el seno del Comité de salvación pública. Pero guardémonos de creer que con esto quedó organizada la victoria, ni que esta energía de la Convención detuviera en la frontera á los extranjeros. Lo que les contuvo, lo que salvó á París y á la república fué la falta de inteligencia de las potencias coalizadas. En pocas palabras, Polonia salvó la república y la libertad en Europa.

La manía de la energía, otra de las manías fran-



CHARETTE

cesas más inextinguibles, empujaba pues de todos lados á las medidas más rigurosas. Cuando los ejércitos de la coalición no pasaban de Valenciennes y en esta tarea habían consumido todo el año; cuando Biron en la Vendée arrollaba en algunos puntos la insurrección; cuando los españoles no conseguían desprenderse de los Pirineos, y los girondinos se veían abandonados de todo el mundo, porque en todas partes se posponía todo ante la inminente invasión extranjera, y la preocupación de la unidad nacional que creían amenazada por lo que llamaban el federalismo de los girondinos que no era más que su odio á la demagogia parisién y á sus ganas de emanciparse de su criminal tutela, esa energía que tan duramente se hacía sentir en Provenza y en Aviñón en donde el general Carteaux dominaba el movimiento girondino era innecesaria y cruel. El sacrificio del pobre Custine guillotinado el 27 de Agosto, no por haber hecho traición, sino por una serie de faltas militares que Jomini calificó de inex-

plicables, lejos de ser una saludable lección para el ejército, era un sinapismo puesto á su disciplina. Tal vez se creyó por alguien que sacrificando á ese antiguo ídolo de los girondinos se autorizaba el rigor que se quería desplegar y se desplegaba contra los girondinos, así vió París pocos días después marchar á la muerte á una docena de ruanenses por haber tomado parte ó simpatizado con la insurrección girondina. Esta fué la primera de las carretas de condenados que recorrió las calles de la capital. Los terroristas se pudieron decir aquel día que todo era empezar.

En efecto, la carreta que condujo á los ruanenses, podía reservarse para sus jefes, por más escrúpulos que se sintieran en hacer caer la cabeza de un Vergniaud y de un Brissot que habían enseñado á amar la república, cuando los que querían hacerlos condenar por realistas llevaban su librea hasta con orgullo.

Esta conspiración realista que tan fatal pié tomó

en Normandía con la conducta de Wimpfen, en el Mediodía, iba tomando cuerpo y hasta realidad. Carteaux en Marsella y Dubois-Crance en Lyon hacían que los tímidos y los despechados, antes de

ser vencidos por sus correligionarios prefirieran ver á estos destruídos por sus propios y comunes enemigos, es decir, que iban inclinándose visiblemente á la contrarrevolución, al realismo la masa de



Laroche-Jacquelin en Chollet

los que se habían armado, pues por lo que toca á sus jefes, ó buscaban en la fuga su salvación, ó se suicidaban como Rebecqui que condujo los marseleses á París para el 10 de Agosto, pero al fin, lo que no sucedió en Marsella, gracias á la audacia del general Carteaux que la atacó sin fuerzas, sucedió en Tolon que se entregó al almirante inglés Hood para proclamar á Luis XVII, sin reparar que con

este paso se ponía en manos de Inglaterra la escuadra del Mediterráneo que ya no había de soltar más sus arsenales y todos los acopios militares hechos para la guerra de Italia.

La catástrofe de Tolon produjo un doble efecto en París, transportó de furor y venganza á los patriotas y exaltó las esperanzas de los contrarrevolucionarios que se entregaron en los teatros á las más

necias demostraciones de regocijo. Los demagogos lo que menos pedían era la guillotina ambulante, que es lo que pedía Chaumelte en nombre de la Comuna, y esto le pareció poco al feroz Billaud-Varenes que pidió que se arrestara desde luego á todos los sospechosos, en fin, todos pedían la formación de un ejército revolucionario, encargado de limpiar el interior y las fronteras de enemigos. Danton, y esto fué el día 5 de Setiembre, que bueno y santo que se formase el ejército revolucionario, pero que no se hablase de guillotina. Que se votasen cien millones para comprar armas, á fin de que cada ciudadano tuviera su fusil, y que las secciones se reunieran dos veces por semana para ocuparse de la salvación de la patria, con una indemnización de cuarenta sueldos á los ciudadanos que asistieran y fueran poco acomodados, con esto esperaba Danton llevar al verdadero pueblo á las secciones y dominar á la demagogia. Las mociones de Danton fueron votadas por aclamación, pero también lo fueron las de Billaud-Varenes, quien además hizo anular el decreto de Gensonné que prohibía las visitas domiciliarias nocturnas, pero á todos excedió en ferocidad Barere, que siempre los cobardes son los más peligrosos para la seguridad de los otros, así Barere propuso que se adoptase lo que venía proponiendo la Comuna de París: —«¡Pongamos,—dijo,—el terror á la orden del día!»—Los realistas conspiran, quieren sangre, pues bien, tendrán la de los conspiradores, la de los Brissot y las María Antonieta.» Dos nombres que, como suele decirse, rabiaban de verse juntos.

Al día siguiente, se trató de reforzar al Comité de salvación pública para que estuviera á la altura de las circunstancias y se ofreció un puesto á Danton que no quiso adoptar. Danton olía ya la sangre por todos lados y no quería mancharse con ella de nuevo. Danton llevó sobre su conciencia constantemente la del 2 de Setiembre y huyó siempre de cuanto pudiera ponerle en el caso de tener que derramarla de nuevo. Más por desgracia la negativa de Danton dió lugar á que fueran nombrados el frío é implacable Billaud-Varenes y el fogoso Collot de Herbois. Al mismo tiempo se reorganizaba el Comité de seguridad general en sentido terrorista, y esto era necesario para poner la mano sobre los girondinos, pues el comité que era el que debía informar sobre su suerte había hasta entonces encontrado medio para no dictaminar. Pero el nuevo comité no anduvo remiso, pues el día 3 de Octubre pidió que se procesaran á cuarenta diputados, treinta y nueve eran girondinos, el que hacía cuarenta era el

duque de Orleans. De estos treinta y nueve diputados sólo veintiuno estaban en manos de sus enemigos, y de estos veintiuno sólo nueve formaban parte de los diputados arrestados ó mandados arrestar el 2 de Junio, los nuevos diputados cuya acusación se decretaba, eran de los que se habían atrevido á protestar contra el 2 de Junio. Claro está que en este día no se podía olvidar á la que se consideraba la cómplice de los manejos realistas achacados á los girondinos, á María Antonieta, y en efecto, en este día se decretó también en su acusación.

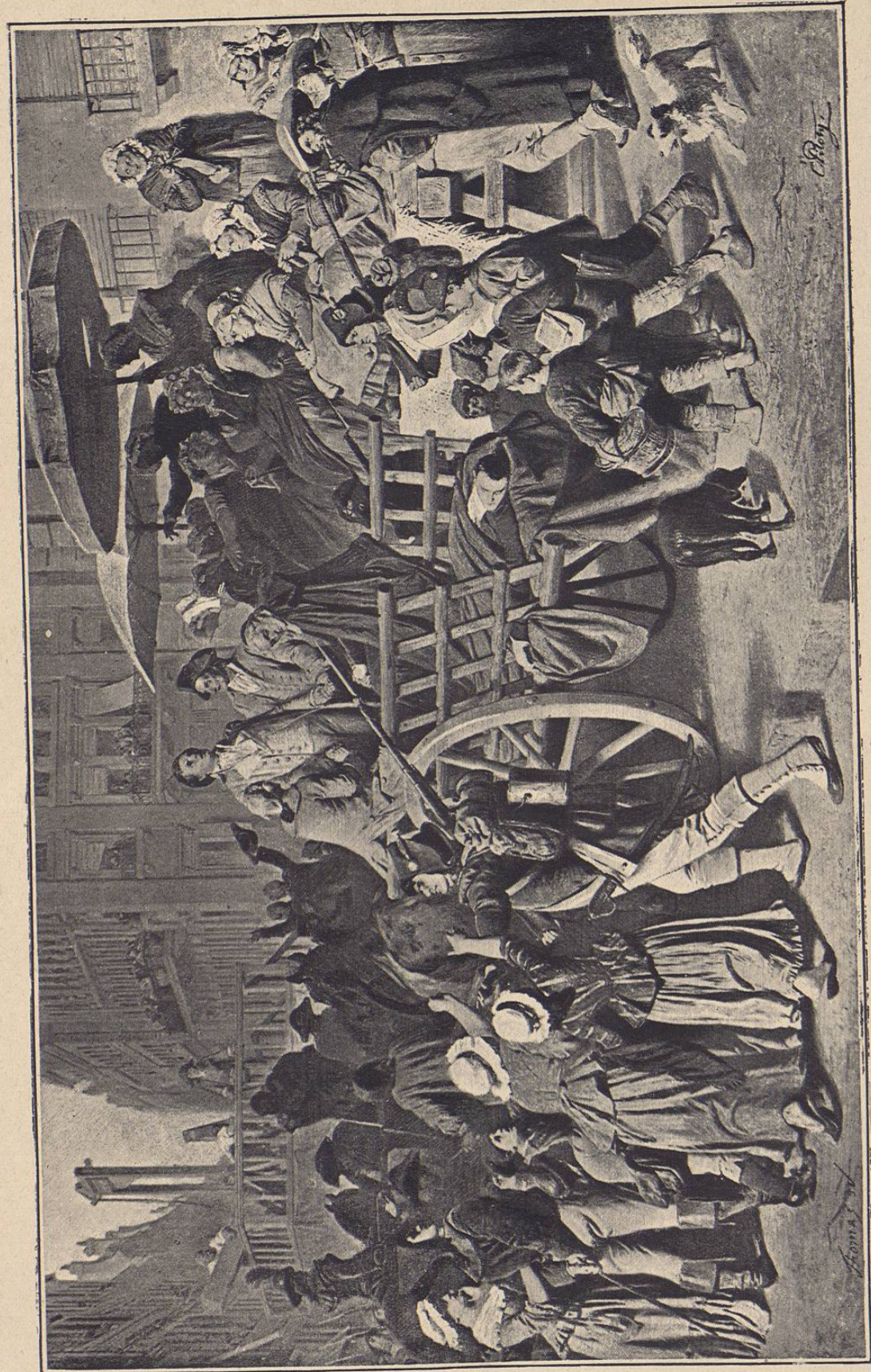
María Antonieta compareció el día 14 de Octubre ante el tribunal revolucionario. Separada de sus hijos y de su cuñada Elisabeth desde el día en que Maret y Semonville fueron ilegalmente detenidos en el cantón de los Grisones cuando trataban con autorización de Lebrun, de su libertad á cuenta de la neutralidad de Venecia, Toscana y Nápoles, y trasladada á la Conserjería, pudo desde este día prepararse á morir, que fatalmente así lo pronosticaba su estancia en la funesta prisión que tan triste celebridad iba ganándose.

María Antonieta en su defensa fué tan débil como su esposo, negando su participación en la política de su esposo y de su gobierno cuando tan clara era su conducta, si bien entonces no se sabía ni una centésima parte de lo que hoy sabemos, sólo cuando se sintió ultrajada como madre tuvo arranques dignos de un gran corazón y capaces de santificar su memoria.

Condenada por crímenes que están hoy más que comprobados, por haber «cooperado á los manejos que tendían á suministrar auxilios á los enemigos exteriores de la república, á abrirles la entrada del territorio y á facilitar el progreso de sus armas, y á fomentar la guerra civil» marchó al suplicio resignada y valerosa imponiendo respeto á la plebe que tanto le había odiado, porque en su rostro llevaba impresas las huellas no sólo de las angustias de aquel terrible momento sino de las que había sufrido durante su cautiverio.

Ocho días después de la muerte de la reina comparecían ante el tribunal revolucionario los girondinos.

La acta de acusación la redactó el ex-feuillant Amar, ponente del Comité de seguridad general, que no pudo encontrar contra sus víctimas más cargos que los que formulaban en su daño los periódicos ultra-revolucionarios. En fin, hasta se hizo un crimen contra ellos por haber Brissot arruinado las colonias predicando la libertad de los negros, y el haber declarado ó hecho declarar la guerra á los



LOS GIRONDINOS CONDUCIDOS AL PATIBULO (Cuadro de Piloty)